

TESTIMONIO

SENTIDO DE REALIDAD, SENTIDO RELIGIOSO Y ETICO

Conversaciones con Olegario González de Cardedal

Juan Ramón Calo.- *Yo querría en primer término preguntarle a Usted por qué estudió teología.*

Olegario González de Cardedal.- Quizá no se me ocurra respuesta más exacta que citar un texto de Platón que encontré por aquellos días leyendo a Zubiri y que me permito citar porque todavía hoy sigue teniendo para mí una fuerte ejemplaridad: "Un hermoso y divino impulso, no te quepa duda, te lanza hacia esos argumentos. Profundiza en ti mismo y ejercítate lo más posible en todo eso que parece no servir para nada y que por el vulgo es considerado como charlatanería. Hazlo así mientras todavía eres joven, pues de otro modo la verdad se te escapará". Un para mí inexplorado pero secreto impulso me llevó desde siempre a penetrar en la realidad última de la fe. La teología me parecía la forma concreta de una existencia cristiana a través de la cual yo llegaba al fondo de realidad y de experiencia que la fe tenía.

J. R. Calo.- *¿Qué vivía de Dios antes de estudiar teología? y ¿qué vive de El ahora?*

Olegario G. d. C.- He tenido siempre la experiencia de una profunda continuidad de realidad, aún en las distintas conceptualizaciones con que esa realidad ha ido siendo vivida. Desde el niño nacido en las montañas de Gredos al alumno de Carlos Rahner en Munich o a la amistad con Zubiri, hay evidentemente un abismo, pero siempre he vivenciado esa realidad con la sensación de una profunda continuidad.

J. R. Calo.- *El saber teológico, ¿aproxima a Dios o es equiparable a otros conocimientos?*

Olegario G. d. C.- El saber teológico es un orden en sí mismo; evidentemente su funcionamiento en la mente humana es idéntico al de otros, pero tiene un

principio específico y suscita en la experiencia de la vida humana unos dinamismos, unas esperanzas y unas experiencias que no son equiparables a ningún otro.

J. R. Calo.- *Y el teólogo, ¿es un experto o es el suyo un conocimiento, un camino que aproxima o lleva al misterio?*

Olegario G. d. C.- Evidentemente, no se pueden separar las dos perspectivas. Hacer teología es un hacer profesional, supone unos conocimientos, supone unos métodos. Hay que haberse preparado para ello y, sin embargo, cuando uno tiene todas las técnicas, uno queda como desfallecido por la incapacidad de las técnicas para acercarse al misterio y por el desbordamiento supremo que el Misterio ejerce sobre la vida humana. Uno vive de eternas aproximaciones, de repetidas esperanzas y de fundamentales experiencias. El Misterio cada vez se apropia más de uno y cada vez se apropia uno menos del Misterio.

Gonzalo Tejerina.- *En relación al estudio de la teología, ¿podría explicitar un poco más lo dicho antes?; hay una evolución, pero sobre una identidad de fondo. ¿En qué radicaría la continuidad y sobre qué se dio la evolución?*

Olegario G. d. C.- La continuidad es lo que yo llamaría impresión de realidad y posesión de realidad en el sentido pasivo: ser poseído por una realidad que a uno le funda y que es soberana sobre uno mismo y que uno encuentra en la vida. Es una realidad que a uno le desborda, a la que va cediendo y que va intentando, desde distintos horizontes culturales, en alguna forma cernir y decantar. Es decir, impresión de identidad de realidad, desbordante, nutricia, por un lado; y diversidad de accesos a ella, de conceptualizaciones, por otro.

G. Tejerina.- *¿Eso supone que Usted heredó una fe madura, equilibrada, que vivió una experiencia cristiana de fondo siempre serena?*

Olegario G. d. C.- Yo he crecido en un ámbito de naturaleza donde el hombre crece en continuidad con los árboles y los animales. La vida era un dato constituyente y dentro de ella, recibida en el Bautismo y alimentada en los primeros años, lentamente, yo he recibido la fe. Ni ha habido una ruptura de no-fe a fe, ni ha habido una ruptura de una forma de fe a otra forma de fe. Evidentemente, las trayectorias individuales son insuperables, la mía ha sido exactamente esa.

J. R. Calo.- *Yo quisiera que hablara de su fe en Dios a un hombre que no sabe y/o no quiere saber nada de Él. Quisiera que me dijese por qué cree, pero no me dé razones de libro o que puedan parecer tópicos a ese hombre supuesto.*

Olegario G. d. C.- Yo tendría que confesar que no tengo razones para creer, que Dios se ha alumbrado en mi existencia, que es la Luz en la que veo la realidad, que es algo insuperable para mí, del cual puedo hablar, a partir del cual puedo vivir y del cual puedo ofrecer noticia y comunión a quien esté a mi alrededor. No hay razones que lleven a la realidad de Dios, hay existencia en Dios, desde el cual se testimonia, se invita y se ofrece. Desde ninguna razón hay tránsito directo a la

realidad de Dios, porque todas las razones humanas son ídolos y no hay homogeneidad entre los ídolos y el Dios viviente.

J. R. Calo.- *Para poder comunicar la presencia de Dios a ese hombre que suponía en la pregunta anterior, que no cree, para poder hacerle vivir esa presencia, qué sería lo idóneo si las razones no influyen demasiado, ¿se trataría de colocarle en una situación?*

Olegario G. d. C.- Bueno, se trataría de ahondar con él en lo que son fundamentales dimensiones de la existencia humana, necesidades radicales, anhelos últimos, es decir, en horadar en esa dura piedra de la experiencia humana fundamental, como primer dato. Y segundo, testimoniar ante él de lo que a uno le ha sido dado poder creer, y ofrecérselo como una posibilidad de existencia. Y en tercer lugar, no ocultarle que para nosotros la realidad de Dios está esencialmente conexas con Jesucristo.

G. Tejerina.- *O sea, ahí Usted diferencia entre dar razones y dar testimonio.*

Olegario G. d. C.- Evidentemente, yo parto de que la fe no es un grito, la fe es un acto de realización de la existencia humana, y sobre la marcha de la realización se convierte en un Lógos, y Lógos como noticia y como razón. Cuando yo, desde el alumbramiento que Dios me ha ofrecido, me he encontrado la Luz, mi ser se me ha esclarecido, y mi destino ha tomado unos contenidos que me lo hacen transparente en su última entraña. Esto es lo que yo puedo comunicar al hombre como posibilidad de su existencia, a la vez que no le niego que a mí me ha sido dado descubrirlo y le invito a que él se adentre en esa posibilidad humana fundamental.

J. R. Calo.- *¿Qué querría que se supiera de Dios?*

Olegario G. d. C.- Que es realidad, que nos hace reales, que es Padre y que es la plenitud generosa y amorosa que nos espera. Creer que es Dios, es decir, que es un orden de realidad, un orden de experiencia, a partir del cual nosotros nos sentimos absolutamente reales, afirmados en la existencia y convocados a la vida. Todos entendemos lo que es cuando decimos que algo es real, que algo es realidad. Hablamos muchas veces del concepto de Dios, del problema de Dios y hay que hablar de la realidad de Dios. Un gran intelectual seglar, Friedrich von Hügel, un inglés, dejó entre sus últimos papeles un tomo inacabado que se llama *The reality of God*, la realidad de Dios. Tener impresión de realidad, no de conceptualidad, no de sentimiento, no de promesa, sino de realidad es lo que a mí me gustaría. Evidentemente, una realidad cualificada como amor, como santidad, como plenitud, como futuro.

G. Tejerina.- *Todo ese discurso parece muy zubiriano, ese atenuamiento radical a la realidad...*

Olegario G. d. C.- Bueno, puede ser zubiriano o kierkegaardiano. Recuerde

que Kierkegaard define así la aceptación del poder que nos funda en la realidad, y que la mejor fenomenología e historia de las religiones define la realidad de Dios como potencia que sana y santifica. Es decir, Zubiri en eso se sitúa dentro de una larga trayectoria del pensamiento occidental.

J. R. Calo.- *Lo que pasa es que esta declaración parece que no ha podido vivirla un niño, por lo menos de esa manera.*

Olegario G. d. C.- Claro, yo estoy hablando de lo que es el sedimento de conciencia y de experiencia que desde toda mi vida anterior llega hasta hoy.

J. R. Calo.- *Y de su comienzo, ¿qué recuerda?, ¿cómo vivió conscientemente el primer vínculo?*

Olegario G. d. C.- Yo no podría fijar cronológicamente un momento en que he realizado mi unión con Dios. He ido existiendo desde El: la noticia de la madre, la noticia del maestro, la experiencia religiosa en la parroquia, los primeros años de estudio, las primeras lecturas, los contactos con otras personas, creyentes o no creyentes, mi propio traslado a otras áreas culturales —Alemania, Inglaterra, Francia—, todo eso ha ido convergiendo en una especie de afirmación de realidad y de demudación de conceptualización de realidad. Esa es la trayectoria. Yo no podría fijar saltos o momentos constituyentes, es más bien un proceso que se reafirma, que se cuestiona, que se critica, que se enriquece a sí mismo.

J. R. Calo.- *¿Cómo comunicar eso, si desde las razones, me ha parecido entender antes, vea Usted muy difícil la aproximación a Dios?*

Olegario G. d. C.- Es que, evidentemente, tendría que haber explicitado. No hay razones demostrativas, definitivas, decisivas de Dios. Hay razones que ponen en camino, y esto desde la mejor tradición tomista. A Sto. Tomás nunca le pudo pasar por la imaginación, él que era tan religioso, hacer unas “demostraciones” de Dios. Con todo rigor de lenguaje, las llamó “vías”, encaminamientos, que a quien se hace al camino y persiste en el caminar y apunta a la meta, le crean un orden de realidad en el cual Dios es real, y al que identifica con aquél que la fe le ha anunciado. Recordad que todas las cinco famosas vías terminan: “... y eso es lo que llamamos Dios, y esto es a lo que todos nombran Dios...”. En ese sentido las vías son una especie de ejercicio de experiencia. Es sabido cómo los alemanes hablan de la *Erfahrung*, aquello que es real en el camino, aquello que se acrecienta en la existencia humana sobre la marcha del andar. No se puede suplir lo que es el cansancio, lo que es la expectativa, o lo que es la compañía del camino. De entrada, no se tiene la experiencia del caminar. Sto. Tomás habla de vías, no de pruebas. Evidentemente, la verdad emerge en la palabra y cuando uno dialoga con éstos se desentierran dimensiones del propio ser real como auténticas. Entonces la palabra hace real aquello que estaba enterrado en el hombre. Pero lo hace real como posibilidad. Dios se dirige a la inteligencia no más que a la voluntad, por eso para quien no quiere que haya Dios, no hay Dios. Dios no

penetra en el orden de la existencia humana sino a quien le abre la puerta, le invita. Por eso una de las expresiones más bellas de la fe es la alegría de que Dios exista, la alegría de que Dios existe y la voluntad de que sea Dios para mí.

J. R. Calo.- *¿Eso significa que aquél que tiene una experiencia de la fidelidad, del camino, un poco neurótica, que en el camino de las vías no se ve afirmada la presencia de Dios, sino su ausencia, está rechazando a priori la posibilidad de experimentar la presencia de Dios? ¿El que niega a Dios, está negando a Dios porque no experimenta a Dios o porque no quiere experimentarlo?*

Olegario G. d. C.- Las dos cosas, es decir, puede haber quien niega a Dios porque no encuentra la conceptualización, la verbalización necesaria. Entonces puede haber un ateo verbal que no sea un ateo real. Evidentemente, a los hombres habría que explicarles cómo uno es mayor por lo que quiere y desea ser que por aquello por lo que conceptualmente es capaz de afirmar. Por tanto, puede haber hombres desazonados que creen no creer en Dios y, sin embargo, viven anhelando poder creer en Dios. Y hay otros hombres que lúcidamente, clarificando el concepto, clarificándolo todo, deciden que para ellos no haya Dios. Las dos hipótesis me parecen posibles.

J. R. Calo.- *Pasando a otro orden de cosas, ¿qué opinión le merece el mundo en que vivimos con realidades tan tópicas y reales como crisis económica, paro, hambre, crisis de valores, vacío moral, droga, etc.?*

Olegario G. d. C.- Yo creo que el primer gran dato de nuestra situación es la crisis de referencias últimas. Se nos ha quebrado lo que era Occidente con suma coherente y reconciliada de existencia cultural y existencia religiosa, y ahora nada nos tiene y no sabemos a qué atenernos.

G. Tejerina.- *¿Usted cree que esa unidad coherente existió alguna vez en Occidente?*

Olegario G. d. C.- Eso existió.

G. Tejerina.- *¿En la Edad Media?*

Olegario G. d. C.- Eso ha sido real en determinados momentos históricos. No tenemos datos estadísticos para medir la densidad en cada sujeto y la densidad de la población, pero evidentemente ha habido fases en que sí. Si uno coge el momento en que surge la *Suma Teológica* de Sto. Tomás o en que surge la *Divina Comedia*, éstos eran horizontes reconciliados.

G. Tejerina.- *Y a partir de ahí, de esos momentos, ¿se puede mantener esa afirmación desde el Renacimiento, desde el nacimiento de la Nueva Ciencia, la Ilustración, etc.?*

Olegario G. d. C.- Evidentemente, éstos son los grandes momentos históricos

que quiebran la coherencia social, religiosa y que comienzan a insinuar mundos dislocados del horizonte de la anterior coherencia total.

G. Tejerina.- *Eso significa que esa anterior coherencia total duró tres siglos o cuatro...*

Olegario G. d. C.- Eso es muy difícil saberlo, porque puede haber existido como hecho social cultural unos siglos y puede haber existencias... Si coges la realidad de Rahner o de Guardini o de Newman, son existencias reconciliadas con coherencia de totalidad. No ha existido el universo reconciliado como totalidad, pero han existido sujetos humanos donde la pasión de la verdad, la adhesión a la relación de Dios en Cristo, y la realización de una existencia moral, han existido entroncados en uno mismo.

G. Tejerina.- *Peró entonces como sujetos, como individualidades...*

Olegario G. d. C.- Evidentemente, como sujetos. Por eso he distinguido. Ha habido momentos históricos de coherencia colectiva y en otros siglos posteriores, rota la coherencia colectiva, hay hombres, hay mujeres, hay grupos, donde esa coherencia se da, y una de las vocaciones fundamentales, o la vocación fundamental del cristiano hoy, es reconstruir la unidad de la verdad, la unidad de la revelación y la unidad de la experiencia histórica. Esa es la gran tarea. El esfuerzo del teórico es precisamente agestar una comprensión de la realidad y una realización de la existencia donde esas perspectivas sean convergentes.

G. Tejerina.- *Bien, yo quería aludir a cierta tendencia a magnificar la cosmovisión unitaria del pasado cultural de Occidente. En todo caso, el último diagnóstico suyo sobre la actualidad es esa crisis de referencias últimas.*

Olegario G. d. C.- Yo creo que lo decisivo en la actual conciencia contemporánea es la crisis de valores que tengan capacidad para unificar la existencia. Pongamos el hecho de la crisis económica de Europa. La crisis de Europa no es ante todo una crisis económica, es una crisis de convergencia de valores, de ideales y de referencias últimas, de propuestas de identificación, de primacía de objetivos. La Europa del s. XIII no tenía nada que ver con la Europa del Mercado Común. Se estudiaba en la Universidad de Bolonia, en la de París o en la de Salamanca, dentro de una patria común, y el peregrino que salía de Salamanca tenía una patria en cualquier lugar. S. Ignacio solo, a pie, y de limosna, recorre toda Europa. Era una patria, eso hoy día ha dejado de existir.

J. R. Calo.- *En ese pasado nombrado, no todo fueron luces, aunque pueda hablarse de una patria común; el hombre en ella, ni era dueño de sí, ni excesivamente feliz, ¿no?*

Olegario G. d. C.- Claro, la conquista de la verdad por parte del hombre se hace de pasado y de futuro, porque la realización de la verdad en el tiempo pasado nunca puede ser del todo un proyecto de identificación para nosotros, porque el hombre que había en el s. XIII tiene la prehistoria hasta el s. XIII y nosotros sólo podemos establecer una coherencia de existencia integrando lo que son realizaciones históricas y anhelos profundos, no realizados, de futuro. Por tanto, es en esa sima entre un pasado, que es un logro, al que no podemos renunciar, y un futuro que necesitamos, y que nos está destinado y al que no podemos renunciar, por lo cual nunca el proyecto de coherencia de existencia está roto, siempre está abierto.

J. R. Calo.- *¿Qué elementos cabría recuperar en esa búsqueda de identidad para la reconstrucción de la ciudad común?*

Olegario G. d. C.- Yo me niego a hacer una historia selectiva. Toda la historia nos es debida, desde la de los grandes santos a la de los grandes herejes. Desde el momento en que en el s. IV la mitad de la Iglesia es arriana hasta el momento del Concilio de Lyon o del Vaticano II en que hay una cierta unidad, toda la historia nos es debida. Yo me siento tan hermano de Orígenes al leerlo como me siento al leer a Newman o a Balthasar o a Rahner.

J. R. Calo.- *A propósito de la Iglesia actual: ¿es una realidad moderna, postmoderna o medieval?, ¿de verdad que no hay restauración?*

Olegario G. d. C.- Primero, convenzámonos de que no hay modelos extraeclesiales para comprender la realidad de la Iglesia. Ni vale el modelo político, ni el intelectual ni el antropológico y cultural. Lo que se gesta en la Iglesia evidentemente se gesta por hombres que viven en una cultura, que viven en un tiempo, pero tienen unos polos determinados que son específicos e irreductibles. Sobre la restauración, déjeme que le diga que si por restauración Usted entiende la continuidad de una vida, la continuidad de una experiencia, de un mensaje y una esperanza, la Iglesia es siempre tradicional, y no acepta ruptura con el pasado ni innovación radical a partir del instante en que vivió Jesús de Nazaret como revelación absoluta del Absoluto de Dios. Y en este sentido es tradición la transmisión de tales realidades. Y déjeme que le diga también que el Vaticano II se vive y se gesta en conciencia de continuidad con los anteriores concilios ecuménicos. Evidentemente, no hay restauración, no puede haberla, si por ello entiende las concreciones culturales e institucional-sociológicas que el cristianismo y la Iglesia han tenido en el siglo X. Evidentemente, la corporeización, la encarnación histórico-cultural que la Iglesia tiene cada siglo tiene que ser distinta, y si en este sentido Usted encuentra hombres y mujeres que quieren revivir la corporeidad que la Iglesia tuvo durante Pío XII, evidentemente eso es una herejía. Porque nunca la corporeidad de la Iglesia es idéntica, es idéntica la entraña, es idéntica la pujanza, pero cuando pasa por mediaciones de libertad, y por mediaciones históricas condicionadas, la corporeidad de la Iglesia es distinta, y en ese sentido, evidentemente, no es posible el restauracionismo. Hay movi-

mientos restaurativos, qué duda cabe, pero si Usted me pregunta si Juan Pablo II es restaurativo...

G. Tejerina.- *Esa pregunta es demasiado simplona y no se la hago, pero sí parece evidente que hay tendencias fuertes a una involución que no se apreciaban hace 12 años.*

Olegario G. d. C.- Evidentemente, porque hace 12 años todavía vivíamos de una fácil e ingenua ilusión, que se habían realizado todos los ideales y ahora nos encontramos con la dura piedra de la realidad de que la existencia no se deja transformar tan fácilmente, de que las instituciones se crean con muchísima dificultad, de que el mundo no se deja convertir, de que los poderes de este mundo se quieren absolutos, y para poder ser ellos absolutos niegan el único absoluto que es Dios, y entonces, claro, ante esa dureza de la realidad, es muy fácil echar mano de modelos anteriores.

J. R. Calo.- *En esa crisis antes mencionada, ¿cómo valora Usted el papel de los distintos poderes?*

Olegario G. d. C.- Si hubiera que decir algo, yo creo que uno de los problemas morales más graves es una especie de plegamiento general a los poderes anónimos, a ese *totum* que nos envuelve y precede y que consideramos como soberano respecto a la realidad personal y respecto a los valores últimos. Y es que tengo la impresión de que hay una especie de plegamiento general; para mí quizá lo más descorazonador de la sociedad española es que la propia historia que yo he vivido, de situaciones políticas, se ha ido plegando en totalidad y en mayoría absoluta a los poderes dados. Me es igual que sea la Falange de 1944 o el PSOE de 1988. Hay una actitud camaleónica, de falta de resistencia a las imposiciones por parte de los distintos grupos, familias de pensamiento, inspiraciones originarias, individuos heroicos para que los distintos poderes no hayan imperado. Y esto me parece la característica común en la España de los 40 y la actual. Imposición de poderes anónimos y no reacción ante ellos.

G. Tejerina.- *¿Qué relación ve usted entre ética y religión? Usted publicó un libro precisamente con ese título, y con subtítulo expresivo: La conciencia española entre el dogmatismo y la desmoralización: ¿considera usted que la conciencia española sigue entre ambos escollos?*

Olegario G. d. C.- Contestaré remitiéndome al libro, cuyo contenido aún considero válido. Perdonad por el hecho de que en adelante recoja párrafos de allí (podría hacerlo también desde otras obras, pues siempre ha sido una preocupación mía, desde el *Elogio de la encina* hasta la *España por pensar*, la referencia a la realidad española): Si Dios no existe, ¿qué hacemos con la moral? ¿Quedan vivos los valores y vigentes los imperativos? ¿Queda el hombre desfondado y por ello desmoralizado o, por el contrario, en condiciones de instaurar definitivamente su moral de hombre adulto, es decir, de superhombre? Porque aquél a quien el

asesino cuenta su azaña no puede menos de preguntarle asertivamente: ¿luego si Dios ha muerto ya todo está permitido? Pregunta e implícita respuesta precipitadas. Una cosa es, sin embargo, evidente: para el hombre en cuya vida Dios no existe, una cuestión es inevitable: ¿Qué o quién funda las exigencias absolutas de la moral? Y si esas exigencias no son absolutas ¿no queda el mismo hombre relativizado y a la larga a merced de todos y de todo, de sí mismo y del prójimo: de su palabra que en el amor nos funda o de su espada que en el odio nos aniquila? Y finalmente: ¿estamos del todo y definitivamente a merced del odio o del amor de nuestro prójimo ocasional sin remisión y sin redención?

J. R. Calo.- *Y usted responde en el sentido de la imposibilidad de fundar una ética autocéntrica o autónoma, al menos apelando a una ética de la gratuidad que se vincule a una religión del amor. Pero ¿qué consecuencias prácticas, vitales, se derivan de ahí?*

Olegario G. d. C.- Que esa especie de encadenamiento que cada hombre se pone a sí mismo con sus culpas necesita una ruptura, es decir, una solución y una absolución, por parte de otro, a quien no se puede forzar a que instaure reconciliación, sino exclusivamente se le puede agradecer si la ha ofrecido, o pedir y esperar que nos la ofrezca. Cuando esta reconciliación se hace imposible o cuando una vez ofrecida no se accede a ella, entonces surge en el corazón del hombre culpable la acritud, el endurecimiento, la soledad, y aquella incomunicación con el nivel último de lo real y de nosotros mismos, frente al prójimo y frente a Dios, que nos hace sentirnos extraños en el mundo, ajenos a nuestro propio yo, acusados por la creación entera, enemigos de Dios. El perdón que otro ser personal nos otorga es una nueva creación, porque equivale a arrancarnos a una muerte cuya semilla nosotros mismos no habíamos sembrado y cuyo crecimiento incesante no podíamos ya detener. No le es suficiente al hombre la actitud ética, porque ésta es la respuesta a un valor universal y a una exigencia de obediencia incondicional, que pesa sobre todo hombre, mientras que el individuo necesita y vive ya en el fondo de su ser sostenido por la esperanza de que un ser personal haga eco a su experiencia concretísima, a su proyecto individual, y le llame por su nombre para que él pueda responder con una invocación. No aceptar este planteamiento equivale a despersonalizar al hombre, a dejarle reducido a un número que se adecúa a una impersonal exigencia universal, mientras que él como ser personal está intrínsecamente determinado por su posibilidad de encuentro personal y por su necesidad de comunión.

J. R. Calo.- *En resumidas, cuentas, que usted estaría lejos de pensar que España puede cambiar con una pretendida ética cívica pública que, a modo de última razón de la moralidad, erradicase de los hombres toda esperanza de ultimidad, todo recurso a una trascendencia más honda...*

Olegario G. d. C.- Una fundamentación no religiosa de la moral difícilmente da razón de la existencia de imperativos absolutos frente al hombre. Y una fundamentación meramente antropológica, o bien sitúa el fundamento en los otros hombres, y entonces transfiere el problema sin resolverlo, o bien lo sitúa en

sí mismo y entonces silencia la apertura personal de todo hombre, la ordenación al diálogo y la comunicación necesaria que no se pueden detener en otro dialogante humano, porque éste padece las mismas carencias y vive de las mismas desesperanzas que él. Diálogo y comunicación que reclaman un nivel de absoluto, como fundamento para que haga al hombre persona en el mundo y le arranque a su soledad y a la incomunicación, que son las más profundas amenazas de su verdad y libertad que el hombre sufre.

G. Tejerina.- *Evidentemente un planteamiento personalista comunitario, tal como el que plantea el Instituto Emmanuel Mounier, no solamente no menosprecia- ría este discurso, sino que con todo respeto lo plantearía a los no-creyentes. Dentro de esa relación yo-tú-nosotros ¿cómo acontece la experiencia religiosa, hoy tan escasamente percibida?*

Olegario G. d. C.- Antes y como raíz del “tú sabes” existe la experiencia: “tú puedes”, “a ti te es dado”, “eres amado”, hecha en la primera persona. De aquí surge no con el carácter exigente o limitativo de la ley, sino del agradecimiento que se explicita, el tener que obrar en respuesta, prolongando en gracia y devolviendo en gratitud. La acción y la obediencia son entonces la respuesta que yo necesito dar para no ponerme en contradicción con lo más profundo de mi ser: “existir siendo posibilitado”, “vivir de gracia”. La lógica interna de la experiencia moral resultante es entonces el asombro admirado de quien, constatando que no se ha dado a sí mismo el ser, es; el amor agradecido de quien responde con amor, en un logos eucarístico de amor y en una praxis histórica de amor.

J. R. Calo.- *¿Y no tendrán parte de responsabilidad histórica en el actuar des-graciarse de lo social que camina hacia el Norte contra el Sur la propia sociedad cristiana, como decía Mounier, la vieja cristiandad que se muere por inanición interior?*

Olegario G. d. C.- No es la sociedad la que se descristianiza, sino las propias realidades cristianas las que pierden su contenido, y entonces hacen irreconoscible su sentido y, por consiguiente, su eficacia originales. El evangelio entonces deja de ser buena nueva. El Nuevo Testamento deja de ser el pacto de la libertad definitiva y la Iglesia, la comunidad de los hombres libres por la gracia de Dios y obligados por esa gracia a servir a sus hermanos. Retornamos entonces a la Ley, se opera una rejudaización del cristianismo y negamos a Cristo; rejudaización que tiene lugar cuando se ignora la gracia como fundamento de la existencia y se torna a la ley (moralismos, deísmos, ilustraciones) o a la acción revolucionaria permanente como fundamento de la convivencia y de la reconciliación humana (mesianismos marxistas y sociedades capitalistas que instauran el principio de la producción y del consumo como supremos dioses justificadores de la existencia).

J. R. Calo.- *Así pues, lo que Mounier llamaba cristiandad difunta debería enfadarse no sólo con Nietzsche...*

Olegario G. d. C.- El destino de Nietzsche es en este sentido revelador y alucinante al mismo tiempo. ¿No habrá sido providencialmente querido como

desenmascarador de la transformación del Dios viviente en un Dios moral, de la transformación de una Iglesia que, siendo servidora de ese Dios viviente y servidora de los hombres para que tengan vida, ha pasado a ser la garante de la moralidad pública; y desenmascarador de una transformación de los ministros del evangelio, que, siendo mensajeros de la alegría del reino, habían pasado a ser los vigías y guardianes de las "buenas costumbres", es decir, de las costumbres de una sociedad burguesa movida por la ley del acomodo y del individualismo? En sus escritos de los años ochenta, publicados después de su muerte, encontramos este significativo texto: "Cuestión: ¿No hace imposible la moral una actitud afirmativa de carácter panteístico frente a todas las cosas? En el fondo es sólo el Dios moral el que está superado. ¿Tiene sentido pensar un Dios más allá del Bien y del Mal?"

G. Tejerina.- *Por desgracia, profesor González de Cardedal, parece que el hombre contemporáneo toma un poco a ciertos pensadores éticos como paladines de lo antirreligioso...*

Olegario G. d. C.- La religión sitúa y habla del hombre en cuanto éste es ante todo sujeto de vocación, de gracia, de esperanza y de agradecimiento. La pregunta humana está fundada en una palabra anterior, la respuesta en la llamada de Alguien. La religión remite, pues, a una experiencia histórica que se ha constituido en fuerza eclosiva de la propia realidad humana; o si se quiere, a una experiencia del Absoluto que ha desencadenado una nueva comprensión del hombre...

J. R. Calo.- *Por último, profesor, ¿cuál es nuestro futuro? O, por decirlo más modestamente, ¿qué deben preguntarse los españoles?*

Olegario G. d. C.- El primer peligro que asoma en el horizonte es el pretender rehacer viejos errores con nuevos: si antes se identificó la religión cristiana con una moral, que se intente ahora hacer de la nueva moral una religión, es decir, la fuente de todo valor, imperatividad y significación. En cualquier caso surge un grave problema. Los hombres que se identifican con la fe cristiana ¿sabrán percibir su originalidad evangélica y su dimensión cristológica y no confundirla sin más con unos hipotéticos preceptos de la ley natural o con unas exigencias quizá legítimas y obligatorias por otro lado, pero derivadas de unas ciencias o de unas situaciones históricas cambiantes? Los hombres que no se identifican con la fe cristiana ¿desde dónde van a configurar su vida moral, si es que no prefieren quedarse en el plano de las eficacias, conquistas o proyectos inmediatos y se preguntan por la fundamentación de los imperativos morales y su carácter de ultimidad? La sociedad toda, los políticos, que no pueden conferir una primacía de valor a ninguna ideología de grupo, ¿con qué tabla de valores comunes, con qué modelos de perfección humana y de plenitud histórica van a orientar la moralidad pública, la normativa legal concreta, los proyectos de promoción, socialización y perfeccionamiento espiritual del pueblo español?